

Adelardo Covarsí

*P*or la prensa diaria conocen ya nuestros lectores el fallecimiento del ilustre pintor extremeño D. Adelardo Covarsí.

El arte nacional ha perdido a uno de sus representantes más preclaros. Maestro del pincel, cuyas obras merecieron siempre los más calurosos elogios de la crítica y del público. Su inspiración, su inventiva y su técnica, le habían colocado en las altas cimas de la estimación artística. Bastará recordar algunos datos de su biografía para que quede bien probada nuestra afirmación anterior. Muy mozo aún, en 1906, fué laureado en la Exposición Nacional de Madrid. Obtuvo, un lustro después, medalla de oro en la Exposición internacional de 1911. En la iberoamericana de Sevilla y en la Nacional de Madrid, en 1948, otorgáronle primera medalla, y el Ayuntamiento de Badajoz declaróle hijo predilecto y dió a una calle de la ciudad el nombre de tan esclarecido artista, premiando de este modo los altos merecimientos que en él concurrían.

«ALCANTARA», que estima en todo su justo valor al glorioso pintor desaparecido, promete dedicarle en el próximo número, la atención que se merece. La docta pluma de uno de nuestros colaboradores estudiará ampliamente, la relevantísima figura de D. Adelardo Covarsí, en su aspecto social y artístico, esto es, como hombre y como artista.

Al condolernos de esta pérdida irreparable que ha sumido a Extremadura en el más profundo dolor, damos nuestro sentido pésame a la viuda e hijos del ilustre finado, y muy especialmente a nuestros distinguidos colaboradores señores Segura y Segura Covarsí.

El poema del circo

MOTIVO LÍRICO

Manes de Banville y de D'Aurevilly.
Amazonas. Augustos. Kenwell de Claretie.

Luminarias de antorchas. Fanfarrias de clarines.
Perros. Monas. Kanguros. Muecas y volatines.

Actitudes ingravidas. Clásicas esculturas.
Belleza de los cuerpos y las musculaturas.

Yeguas desarzonadas y un excéntrico inglés.
Con un jokey escultórico de origen irlandés.

Ingleses, italianos, normandos y bretones.
Artistas de los «fiordos». Malayos y nipones.

Ferías de las ciudades. Clásicos barracones.
Guaridas de asesinos y de viejos hampones.

Carromatos crujientes llenos de senectud.
Con sus equipos de hércules en flor de juventud.

Dolor de los caminos en lenta romería.
En torno a la blasfemia canta el Ave María.

Circos de los suburbios, enormes, fastuosos,
Decorados con oros, colores suntuosos.

La pista es un inmenso y ardiente corazón
Lleno de la fragancia de una añeja emoción.

Tiene el alma infantil de sus viejos artistas
Y el espíritu inquieto de sus malabaristas.

Circos de los suburbios, hórridos, obsedantes,
Con perfumes de alcoba y sombras inquietantes.

La gallofa y el hampa. Golfas y marineros
Y el corazón de un pueblo en sus rudos remeros.

Artistas zuloaguescos de una traza altanera
Embriagados de gin, whisky, soda y madera.

Y como un aguafuerte a la Holbein o Durero
la silueta bruja de un fraile aventurero.

El circo es un paraíso artificial. En los paraísos artificiales de Baudelaire: Opio, haschih, cocaína, éter... no figura el alcaloide del circo. Teodoro de Banville supo ver todo lo *paraíso artificial* del circo, y vinculó su poesía a lo ágil y arbitrario, a la gracia viva, fluyente y escultórica del circo.

El circo es un vivero de anarquismo. Newton y su ley de la gravedad presienten todo lo anacrónico y lo inexplorado de la gravitación en este voltijear de la troupe persa en que el hombre se lanza, — flecha humana del carcaj del circo —, hacia el cielo de lona, en una aspiración de infinito, como si una futura ley de la gravedad, cuajando en la vía láctea del tiempo, le imantara hacia el cénit.

Otras veces es el plato de china o de loza de Talavera o de Sajonia, el que se pierde en el espacio, hacia lo astral, en un tirabuzón ideal que va dejando su espira en el ámbito del circo, y vuelve porque el malabarista, un hombrecito de ojos oblicuos y de testa monólica, le silba armoniosamente al fugitivo y le recuerda su esclavitud.

* * *

¡La milagrería del malabarista bajo su traje de japonería, con oros y plata sobre el escorzo ágil y arbitrario de la fauna sagrada de India: Ibis, fénix, dragones y licornios! El parasol fastuoso, seda y damasco, que voltea en el aire—pájaro de circo en la noche—hasta volver a la mano del malabarista por su puño de ébano con taraceas de marfil. El parasol que recuerda ceremonias protocolarias en un Sudán remoto con bayaderas atezadas de finas siluetas y cabelleras crespas. Y ese olor, frutal y acre, del ambiente en los países tropicales.

* * *

En el circo hay siempre el clown y su agosto. El clown, preeminencia en la escala de la risa, con sus atributos jerárquicos. El clown siempre de seda o de raso, rutilante y fascinador. El clown lleva bordado, sobre el pectoral de su rica casulla de oficiante del circo, una luna roja, o de oro o de plata, según el martirologio del día. Y, atrás, muy en lo muelle, un sol deslumbrante y radiado.

En lo esotérico de este rito el espectador no adivina el simbolismo de ese sol, o de esa luna, sobre la grupa del clown. No sabe si es amuleto o invocación, si el clown es un anti parris, o si, clownescamente, eligió el sol como puro motivo ornamental. En lo arcano de su vocación, tocada simbólicamente con el tirso atronador de la locura, se encierra el enigma de su sol rutilante y radiado.

* * *

El Augusto es la destrozona del circo. Viste arbitrariamente. Al Augusto le están vedados los rasos y los damascos. El Augusto viste humildemente. Parece que su vestuario está adquirido en un bazar

de desechos, o que todo lo inservible del circo desde su adviento, — milenios de años —, le ha sido concedido misericordiosamente. A veces el Augusto compró sus tocados grotescos y absurdos en esas covachuelas y guaridas de depredadores de necrópolis, y tienen por eso sus trajes un vago aroma a cadaverina. Y, de aquí, ese ladrar insistente de los perros, porque los perros están, — con su instinto profundo, — en el secreto de la indumentaria del Augusto, presienten a la Muerte y aúllan agoreramente.

El Augusto tiene el privilegio sobre el clown de su maquillaje, todo lo arbitrario y todo lo funambulesco que desea. El Augusto hace de su rostro una pintura cubista y mezcla ocres y rojos, cadmios y violetas en una heterogeneidad desconcertante.

El clown tiene un sombrero único, el redondo cono sobre la cresta.

El Augusto, más mundano y más dúctil, alterna el flexible, el hongo, el *tubo* y el canotier. Tiene una corbata para cada noche de su epifanía. Unas corbatas, grandes como mariposas ecuatoriales, con unas alas en perpetuo ímpetu de vuelo.

Sus zapatos recuerdan los de los cuentos pueriles de Andersen y de Grim, las botas de siete leguas, y, siempre inevitablemente, aparecen deterioradas, chafadas, en una vejez lamentable.

El Augusto es el protagonista dilecto de la infancia. Todo el resto del circo pasa inadvertido para el pequeñuelo. La llegada del Augusto abre en su alma una ventana al infinito. El Augusto es lo inesperado, lo insospechable, el absurdo, la paradoja, es la réplica a la lógica y a esas mallas sutiles—respeto, disciplina—que, el pequeñuelo intuye de una manera confusa conturbando su concepto primitivo y fragante de la vida.

El Augusto es lo sedativo y lo cordial del circo, el remanso de paz y de inocencia, porque el Augusto tiene que hacerse un alma niña para no defraudar a su auditorio de niños. Habla torpemente, balbuceante, mutilando las palabras y con un mentido acento extranjero.

El Augusto no nació Augusto. El Augusto es una desviación, un sendero al margen del camino real. Fue volatinero, hércules, sostén de una pirámide humana, trapequista-volador u otra de esas nomenclaturas y clasificaciones circenses. Perdió agilidad, o la gota, la arterioesclerosis, la hemiplejía, le hicieron transmutarse, mágicamente, en Augusto. Otras veces fué marino enrolado en tripulaciones exóticas, haciendo escalas en puertos ecuatoriales, sufriendo los calores del trópico, los tifones del mar de la China, y admirando los prodigios de prestidigitación de los *samanos* hindúes y los acrobatismos de las tribus pamúes.

* * *

La amazona es la walkirya del circo. Alta, elástica, maciza, necesita la grupa extraordinaria de su caballote de un blanco artificial. El blanco de su caballo es un blanco químico, de aguas ácidas y

mordentes, de aguas cáusticas que le han ido comiendo el negro diamante de su piel.

El caballo de la amazona es un caballo litúrgico, con gualdrapas de brocados y de encajes, y en la frente, un plumero de rosas y de magnolias. Sobre su grupa, tan espaciosa, podría acampar un palanquín o una litera, como en los grabados orientales las torres bélicas y de cetrería sobre el lomo de los elefantes sagrados del Bey o del Rhajah.

La amazona, tan de una pieza, quiere ser pueril. Lleva un falde-lín a medio muslo y canta con una voz de timbre añinado y ceceante. Sobre la maraña de su melena luce una redecilla de metal, y, partiendo su frente, horizontalmente, una *ferroniera*. Así rubia, opulenta y carnal, recuerda una flamenca de Rubens o una veneciana de Tiépole. En el ámbito del circo, en su aire incendiado con la cabellera flameante de las antorchas y con el crepitar del iris de las bengalas, todo en un fondo encendido, en un tono dramático y violento, la amazona serpentina y elástica, contorsionándose en una danza litúrgica sobre el pavés de su caballo, parece la escultura de una hoguera.

La amazona es el número cosmopolita por antonomasia. Trae aires de tierras exóticas y remotas. Es un kaleidoscopio de visiones de circos suntuosos y bien olientes, con muchedumbres palatinas y diplomáticas, de ciudades perturbadoras y sugestivas, cuna y sepulcro de civilizaciones matrices, de un Egipto legendario suspenso en el éxtasis vasto y tremante de sus esfinges.

La amazona es una mujer norteña, rubia y musculosa. Es un producto de país septentrional, de raza enérgica y dinámica. Una americana del Extremo Oeste, cenceña y auribronceada, con su lazo al cinto y sus «boleadoras» de gaucho.

* *

El negro de la Martinica o de la Guadalupe, gualdrapado de brocados y de pedrería, sirve de espolique, o de escudero, a la amazona opulenta y dorada.

El negro lanza un grito agudo, gutural, en una escala que supera el registro de la voz humana. Un grito aprendido en la selva ecuatorial y que ningún ornitólogo podrá clasificar. Este alarido que es elegía y es grito de combate, se acalla en un sollozo profundo y reptante hacia lo alto en un crescendo insospechado. Y el caballo blanco, de raza normanda, eriza su crin y se lanza raudamente por el abanico de la pista.

El negro de la Guadalupe o de la Martinica—corazones floridos en los mares del Trópico—es de un bronce fuliginoso, de un bronce caliente y humano. Para su exhibición el negro macera su carne de ébano con aceite de coco, un aceite suave y aromático que da más elasticidad a su escultura ágil y vigorosa. Con su lanza en la diestra parece el silenciario de un templo javanés. Y hermético, inmoviliza-

do en la entrada de la pista, con el blanco de los ojos—tan evidente en lo aceitinado de su piel—hacia el cielo del circo, lanza su grito penetrante de selva ecuatorial.

* *

El chino de la caña de bambú es un hombrecito solapado, de piel pálida y de ojos oblicuos y fulgurantes. Parece un muñeco del museo Grevin, un hombrecito de cera.

Con su Kimono amplio y haldudo, sus calzones de seda color tabaco y sus zapatillas bordadas en oro, es la realización plástica de una estampa de album japonés.

Toda su prole, una prole numerosa y menudita, le auxilia en la pista. Toda la prole es una repetición de su progenitor. El mismo paso tácito, la misma mirada incisiva y fulgurante, la misma sonrisa inexpresiva y mate. Los hombres con sus trenzas brunas y brillantes—flámulas al viento—y las mujeres, ambarinas y liliputienses, con sus peinados en pirámides constelados de agujones, y su paso menudo y oscilante de ánaes.

Dan la impresión de un único chino desdoblado en múltiples chinitos por una combinación de espejos. Así de tan iguales, de tan fraternos, de tan vaciados en la misma matriz. Parecen escapados de un cuento feérico y miliunanochesco. Y corroboran esta visión de ensueño los biombos enanos de laca con sus pagodas en porcelanas coloreadas, los ibis esbeltos y sagrados en marfil viejo y los dragones alados tallados en esmeraldas vivas.

Toda su impedimenta es una impedimenta ligera y alada. Arquetas de kaolín, arquetas de cedro con escenas chinescas esculpidas en sus ocho frontis. Vasos de una porcelana transparente y nítida, y, en las asas, monstruos obsedantes del Oriente misterioso: grifos, hipógrifos... Y un dios Siva o un Budha meditativo, en cuclillas, sobre la tapa de un jarrón panzudo y decorativo que encierra las cañas de bambú, la caña elástica y ondulante que se curva en un arco o se dispara en una recta geométrica perfecta.

Ante este senado europeo, uniforme y pardo, sin nada pintoresco en su indumentaria, al chino le sube del fondo de su alma, pequeña y amarilla, una profunda congoja. Esos ojos redondos, sin el trazo ágil y oblicuo de sus ojos mongólicos. Estos rostros planos, sin el tajante audaz de los pómulos de un mandarín. Y esa manera agria y discordante de todos los ademanes, sin estar regulados por viejos códigos que disciplinan la sonrisa, el saludo, la amistad, el amor y el odio ¡qué profunda huella labran en su alma milenaria y perdida en el alba de oro de la creación!

El chino, receloso, vigila a las mujeres de su prole. Toda mirada le parece una contaminación, un contacto pecaminoso. El chino ve la concupiscencia a flor de ojos, a flor de labios... Ve el alma desnuda de la muchedumbre ante el misterio de la mujer asiática. Presente cómo una malla de deseos cerca los cuerpos menudos, dorados de un oro antiguo y claro, de sus mujeres de cerámica china.

Y, en un ímpetu, fiero y vindicativo, sacude airadamente la caña de bambú, y, el plato se lanza, como un pájaro ciego, en amplios círculos concéntricos, sobre las gradas y sobre las cabezas de la multitud, en un aviso que es amenaza y es reto.

* * *

La inglesa de las focas es un Reynolds palpitante y de una fresca gracia victoriana. Un poco azafranada la cabellera y la piel suave y transparente, encendida en una hoguera interior. Por una paradoja, sobre la arena de la pista, calza chapines de un raso dorado y medias de un tono caliente de carne humana. La inglesa de las focas tiene unos ojos grises de tan claros, de tan brumosos, de tan perdidos en sus lejanías interiores. Descotado el busto y envuelto el cuerpo en una túnica azul, curvada hacia su ejército de focas, en esta actitud ingravida, tiene la línea sutil y buida de una tanagra.

En la noche cálida esta presentación de las focas trae una ráfaga del aire helado de las regiones árticas, visiones de icebergs, de noches inacabables iluminadas por la luz fulva de las auroras boreales. Se cree vivir la vida de un groenlandés, de un lapón o de un esquimal.

Las focas, ciegas por la luz del circo, en sus piscinas individuales, asoman sus cabezotas de un negro brillante de agua, y sus bigotes hispídos abiertos en abanico. Dan la impresión de animales que aprendieran el arte natatorio. Así de tan torpes, de tan inhábiles, de tan poco apto su organismo para las proezas acuáticas. Aquí en el acuario diminuto de la piscina, sin los témpanos de hielo en que apoyar sus extremidades cortas y rudimentarias, tienen el aire de víctimas de un naufragio geológico. La luz misma, cruda y violenta, sin la suavidad de crepúsculo de la luz blanca de sus noches árticas, les atrae como un imán y atenúa sus gracias de focas en domesticidad.

* * *

Nada tan prometedor en el circo, y nada tan primitivo—primitivo de tribu o de clan—como la música.

La música del circo es toda música de viento: clarinete, flauta, trompa, corneta y tamboril. Una música sin pentágrama, ligera y arbitraria, que sugiere el deseo del doble salto mortal o de servirse del trampolín e ir hasta las estrellas en un salto de funámbulo. Una música alegre y enardecedora, que rima con la polonesa o el chotis del caballo de la amazona, con la danza selvática de los osos y con la marcha solemne y pausada de los elefantes.

Cada número tiene su música peculiar, característica. El artista tiene su ritmo propio que traslada a la orquesta. Y de aquí, esa multitudine musical, ese caos de notas, esos aires desarticulados y rotos. Trozos de bailes y de óperas reunidos en un solo haz por el capricho



NUESTROS ARTISTAS: Rincón de la Plaza mayor de Plasencia. En primer término trajes típicos de Cabezabellosa y Montehermoso (Dibujo a la pluma de Antonio Sánchez Paredes)

del funámbulo. A veces, se escucha el prelude de la marcha de *Aida*, el motivo solemne y grave de la misa de *requiem* mozartiana, o la alegría bucólica de un motivo pastoral de Beethoven, revuelto con canciones frívolas y desenfadadas de *music-halls* o con la estridencia de los *jazz bands*. Los intermezzos son de la responsabilidad de la orquesta. Y así se ve lo de inspirado, lo de espontáneo y voluntarioso de su música. Se percibe la voz vibrante del clarinete y la aguda y atiplada de la flauta tratando de imponer su aire de gallegada o de zortzico. La trompa resopla furiosamente en un aire tronante y belicoso de «gran parada». El tamboril inicia un compás de danza eglógica de motivos aldeanos, y la corneta, en un diapasón sostenido, lanza un clamor lacerante y agresivo.

Y de pronto, la aparición de la equilibrista interrumpe el duelo formidable de instrumentos, y todos, se adaptan al aire fácil y vivo de la alambrista.

La música a la aparición del clown y de su augusto tiene un motivo irónico, un aire grotesco y trivial, se hace bagatela o se hace tragicomedia, salta en una cabriola inesperada del pasacalle a la marcha fúnebre, sigue viva y fluyente el humor del clown y de su augusto. De improviso hay un largo clamor de trompetería, luego un «morendo» tenue y suspirante, y por fin, como un crepitar de cohetes, un diluvio sonoro y atronador.

Con el chino de la caña de bambú la orquesta sufre una mutación solemne. Himnos religiosos místicos como la aspiración de un *bodhisava*. Marchas guerreras, con desfiles de mandarines y discretos de «gheisas», motivos con fragancias de lotos y un rancio aroma de harakiri.

La amazona trae un ritmo de las pampas, un ritmo ancestral de gauchos y de piel-rojas, un trémolo de guitarra andaluza en pulperías y boliches. Una melopea primitiva y emocionante como la leyenda del gaucho Martín Fierro. Música de motivos amplios y orquestales ilimitados como los horizontes de las sábanas y de las pampas, con un recio golpeteo de potros salvajes y con el grito triunfal del gaucho boleador.

El motivo del negro de la Martinica o de la Guadalupe es un aire de danzón, un aire lascivo y tropical con aromas de carne negra en flor, carne bruñida y frutal, carne inmolada en el ara propiciatoria ante el tehocalí de su raza. Teorías de bronceos guerreros empachados de plumas y cabelleras enemigas, con el anillo nasal de los aborígenes y los taparrabos de colorines. Danzas lúbricas, cercando las piras incineratorias de las Venus negras. Y como un ritornello imperioso y obsesivo, el son agudo e insinuante de la güira, de la marimba, de la chirimía.

La música, a veces es clásica, otras tiene veleidades de ballets rusos, quejumbres de cante hondo y acordes wagnerianos.

Y así, de motivo en motivo, de melodía en melodía, va desplegando su muestrario en una audición inefable.

E P I L O G O

En la sombra, el circo con las largas antenas de los varaes de sus trapecios, sus redes de salvamento, su intenso olor a brea y alquitrán, y sus luces de posición—esmeraldas, rubíes y turquesas—tiene el aspecto de un buque en rada, anclado en la calma nocturna de la bahía. Un buque abandonado y fantasma, sin dotación, dejado a la deriva y llevado a buen puerto por el azar de una marea. Y corrobora más la semejanza, el equipaje desordenado como en la hora dramática de la vía de agua, con el ganado enloquecido en la cala y el griterío, sobre cubierta, de los pájaros tropicales.

En la sombra, reptante, aparece una luz oscilante y sin ruta, una luz de vigilancia, la del último marino que aceptó estoicamente el puesto de honor. Y desde el puente, otea la cubierta solitaria del buque.

El viento agita la lona del circo, y ya no se sabe si el buque fantasma en rada es un navío de alto bordo, o un brick - barca, una goleta o un bergantín. Se siente cómo el último marino recoge velas y deja al viento el esqueleto de los mástiles.

Luego, un silencio denso, en la vasta soledad atlántica, un grito inarmónico de pavo real seguido de un recio clamoreo de la volatería sobre cubierta, y nueva vez, el silencio, la sombra.

El último marino se desliza por las galerías secretas del Sueño.

POMPEYO CRUZ



 IDEARIO EXTREMEÑO

Pues, ¡oh ciega criatura—que con este mundo vives,—Qu'en cabo dél no rescibes—sino sola sepultura! — ¿No miras qu'es gran locura —si dexa tu pensamiento—lo que para siempre dura—por lo que dura un momento? — Qu'este mundo todo es viento; — pues de pobres ni de ricos, —ni de grandes ni de chicos —ninguno vive contento...

BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO

ARQUITECTURA ROTA

Al viejo castillo de mi pueblo.

Encías desdentadas;
alveolos vacíos de las piedras
con caries de bulancras.

Nidos secos, de pájaros de noche;
nidos podridos de cementerio viejo
con huevos de calaveras infecundos
y mullidos de huesos.

Escalera difícil de niños escapados
que la suben y bajan como a una llueca muerta
con entrañas de vacas que, indiferentes, pacen
el moho de la yerba.

Tiene una puerta sólo
con un ojo ciclópeo que se queja
con la pupila rota.

Sólo de noche, por encantamiento,
adquiere majestad de vieja forma
y le nacen almenas de la bruma
y la grajuela cántale la ronda.

Y hay guardia en sus adarves, de fantasmas
y almas en penas y de gente mora
y le trova la luna en el pandero
de su panza redonda.

Sólo la noche cura, del castillo,
la arquitectura rota.

José CANAL